



LOS POCOS SABIOS

Alberto Cañas

Estrenada en el Teatro Arlequín
el 27 de octubre de 1959,
con el siguiente

REPARTO

Tomás.....Roberto Fernández
GloriaVirginia Grutter
El licenciadoMarius Ferrat
El profesor Gabriel CuelloJosé Trejos
Matías.....Paco Portillo

Dirigida por Jean Moulaert

La acción transcurre en una casa de campo no muy retirada de la ciudad, pero casi inaccesible por los pésimos caminos, durante un octubre verdaderamente torrencial.

Llueve durante toda la acción.

En mitad del acto, un apagón indica el transcurso de una semana.

● ACTO UNICO ●

Una casa de campo vieja, que está siendo remodelada para que la ocupe una pareja de la ciudad. Esta sala es una combinación de sala de recibo, oficina y cuarto de costura. En realidad, es la única habitación que está usable. Sin embargo, por todas partes hay signos de provisionalidad, de reparación y de desorden. Los muebles son dispares, y los únicos que hay sirven para sentarse, salvo una mesilla desvencijada que nunca soñó con convertirse en escritorio alguna vez. Es posible que haya cuadros, pero pertenecían al propietario anterior, que no entendía mucho de eso. Sin embargo, la nueva dueña tiene ya colgado uno de su predilección, que indica por lo menos un gusto más urbano. No es que la casa en cuestión esté a gran distancia de la ciudad, pero los malos caminos la hacen bastante inaccesible. Claro, que hay luz eléctrica, que se puede llegar en jeep, y que el posta pasa con el correo todas las mañanas. A unos seis kilómetros sobre el lodo, hay una cabecera de cantón razonablemente civilizada. Pero a nadie se le ocurre frecuentar mucho el trayecto en esta época. Porque es octubre, y un octubre de los bravos.

La sala tiene dos ventanas: la de la derecha, da al frente de la casa; la de la izquierda, al patio posterior. Hay una puerta al fondo, que desemboca en un zaguán que, si se toma hacia la derecha, conduce a la puerta de entrada; y si se toma hacia la izquierda, hacia las habitaciones interiores.

Cuando llegamos a la casa, hace ocho o diez días que no cesa de llover. El nuevo dueño de la hacienda y de la casa es Tomás, completo hombre de ciudad. Ya sabremos por qué jugarreta del destino vino a parar aquí. Es hombre joven y lleno de energías, pero nunca las dedica, a lo que parece, a fines útiles. Ahora está sentado frente a la mesilla que funge de escritorio, sacando cuentas. Cerca de él, Gloria, su esposa, teje. Es joven también, y hermosa; pero evidentemente es la que manda en casa; de eso no queda duda con sólo mirarla.

TOMAS:

Cedazo para el gallinero, ciento dieciséis colones; caldo bordelés para tus limonales, diecinueve setenta y cinco; visitas del veterinario, mil setenta y cinco... Falta la cuenta del cemento y la del camión que lo trajo. Además, vamos a tener que reparar el puente, porque ni la Municipalidad ni Obras Públicas van a hacerlo nunca, y Daniel no me quiso ayudar... Y ya esto va por cinco mil y pico de pesos... (Pausa. Gloria teje en silencio). Además, hay que hacer la semana entrante el primer abono a

Gamboa... Yo no sé cómo me pongo a hacerte caso. Dejarlo todo, venirnos para acá, instalarnos y comenzar a gastar plata, sin que la finca sea todavía nuestra.

GLORIA:

(sin dejar su labor): Ya vas a empezar a otra vez...

TOMAS:

Pero hija... La escritura no se ha firmado. La cuestión de los linderos no se arregla.

GLORIA:

Ya se arreglará. Es cuestión de llegar a un acuerdo con ese... ¿Cómo se llama? ... Con Nicéforo. (Tomás se levanta indignado). Yo estoy segura de que lo que ese viejo quiere es plata.

TOMAS:

Plata, sí, más plata. Muy sencillo; como si yo fuera el Banco Central, como si la plata fuera una hierba.

GLORIA:

Pero Tomás... ¿No era éste nuestro sueño dorado?

TOMAS:

El tuyo tal vez. Yo estaba tranquilo en la ciudad, vendiendo pólizas, viendo a mis amigos...

GLORIA:

Respirando olor de maní garapiñado...

TOMAS:

(Junto a la ventana de la derecha) Exacto: olor de maní garapiñado (aspira con entusiasmo), y residuos de cafetería. Toreando limpiabotas, convenciendo a los vendedores de lotería de que no les iba a comprar más, comprando periódicos para leer historias de sátiras, negándome a comprar números para la rifa de la casa y el carro, oyendo hablar de política, intoxicándome con nicotina y rumores, fumándome dos paquetes diarios, yendo a tanda de tres los sábados y al estadio los domingos...

GLORIA:

Aquí, en cambio, está ahora tu vida entera para hacerla de nuevo, junto a la naturaleza, cerca de la tierra.

TOMAS:

Del barro.

GLORIA:

Contemplando los pájaros...

TOMAS:

Las gallinas.

GLORIA:

Respirando aire puro...

TOMAS:

Con olor a boñiga...

GLORIA:

Entre gente sana y buena...

TOMAS:

Como Nicéforo.

GLORIA:
Sin las falsedades de la ciudad...

TOMAS:
Oyéndote recitar poemas al campo.

GLORIA:
"Qué descansada vida la del que huye el mundanal ruido..."

TOMAS:
Alguien dijo que eso se llamaba la "Oda a la Vagancia".

GLORIA:
Pero Tomás: ¿en qué mejor podías haber invertido tus ahorros que en comprar un pedazo de tierra?

TOMAS:
En parrandas... Pero tenía que dejarme dominar; tenía que dejarme convencer de que es necesario vivir en el campo. ¡Babosadas! Ninguno de los que le cantan versos a la tierra ha tenido que pagar una planilla con deducciones de Seguro Social, ni se le ha ido un caballo hasta la panza en barro, ni ha tenido que andar persiguiendo los chanchos del vecino que se comieron la ropa que estaba tendida en el zacate...

GLORIA:
¿Y qué culpa tengo yo de que compraras alambre de púas para tender ropa?

TOMAS:
¿Y qué culpa tengo yo de que en la pulpería del pueblo no hubiera del otro? ¿Por qué no viniste conmigo a comprarlo? ¿Te asustó la perspectiva de pasar el puente en el jeep?

GLORIA:
Siempre has de buscarles el lado feo a las cosas.

TOMAS:
No a todas. Jamás se lo encontré ni a los olores del diesel, ni al maní garapiñado, ni a los semáforos descompuestos, ni a los molotes del estadio.

GLORIA:
Y todo porque Nicéforo dice que la acequia es de él.

TOMAS:
Todo por esto (enarbola un manojo de cuentas), y por la lluvia, y porque no sé si para cultivar tomates hay que conseguir semillas, o sembrar una rama, o tener un tomate propio y pedirle una tomata prestada a un amigo.

GLORIA:
Todo se aprende con el tiempo.

TOMAS:
Todo, menos no dejarse convencer por las mujeres.

GLORIA:
Ahora resulta que yo te forcé a cerrar al trato.

TOMAS:
Bueno, no podría decir que me pusiste una pistola en el pecho. Pero había que oírte: "Tomás, Tomasito, vámonos al campo; que esa finquita es una belleza; que nos haremos ricos; que viviremos tranquilos; que si no nos vamos me vuelvo loca; que soy alérgica a la ciudad; que la ciudad me da picazón; que en el campo llegarás temprano a almorzar y a comer..."

GLORIA:
Y a dormir, de paso.

TOMAS:
¿A dormir qué? A dormir entre mosquitos y zancudos, con el agua golpeando en el zinc, con serenatas de perros, y en tijereta.

GLORIA:
Podríamos haber comprado camas buenas...

TOMAS:
¡Qué lógica, Dios mío, qué lógica aplastante! Y aquí estamos, aquí estoy yo, producto de esa lógica. Al borde de la ruina, construyendo un gallinero, con dos semanas de aguaceros en la espalda, y a punto de quedar incomunicado.

GLORIA:
Podrías haber arreglado el puente...

TOMAS:
Sí, con las maderas y el cemento que me regala el Fondo Monetario, con las cuadrillas de esclavos que me trabajan gratis, y con mis profundos conocimientos de ingeniería...

GLORIA:
Yo siempre he dicho que debías haber sido ingeniero.

TOMAS:
Claro, y con eso todo quedaría arreglado. Por lo menos el puente... Pero ingeniero y todo, aquí me habrías traído a ejercer mi ciencia entre los terneros.

GLORIA:
No veo por qué ibas a ejercerla. Para cuidar un ternero no se necesitan conocimientos de ingeniería.

TOMAS:
Claro que no. Para cuidar un ternero lo que se necesita es ser una vaca. Y yo lo soy. Yo, amor mío, soy una vaca: me amarran un mecate y me sueltan en un potrero, y periódicamente me exprimen para que otros se hagan ricos.

GLORIA:
¡Parece mentira! Un hombre joven y fornido como un toro, calificándose de vaca...

TOMAS:
¡Toro yo! Si el único parecido que yo tengo con un toro, está en el anillo, que el día que me casé me lo pusieron en la nariz. Te repito: lo que yo soy, es una vaca exprimida.

GLORIA:
(Imperturbable): No se dice vaca exprimida. Se dice vaca ordeñada. Si fueras agrónomo lo sabrías.

TOMAS:
Si yo fuera agrónomo, no habría comprado finca. Los agrónomos no compran fincas; se limitan a aconsejar a los que las compran, pero son demasiado vivos para meterse ellos en el enredo.

GLORIA:
Tampoco los médicos se operan a sí mismos.

TOMAS:
Ni las mujeres se dedican a las labores propias de su sexo. Tienen que estar déle que déle detrás de los maridos convencenciéndolos de que compren fincas. ¡Parecen agrónomos!

GLORIA:
(Tras una pausa): Tomás...

TOMAS:
¿Qué te pasa?

GLORIA:
¿Estás enojado conmigo?

TOMAS:
¿Yo?

GLORIA:
¿Verdad que no? Si yo lo único que quiero es que seas feliz...

TOMAS:
Se te nota a mil varas...

GLORIA:
Ya verás lo felices que vamos a ser aquí, solos, los dos juntos, sin que nadie nos moleste...

TOMAS:
Pero si a mí nadie me molesta... El único que me molesta soy yo mismo, que ya no me agunto, por imbécil...

(Aparecen el Profesor Gabriel Cuello y el Licenciado. El primero viene protegido por paraguas, capa y ahulados. El segundo, calado hasta los huesos. A primera vista, el Profesor parece un farsante o un impostor; más tarde se observa que es profesor de Sociología. En cuanto al Licenciado, es un Licenciado típico: probablemente vive en una covacha oscura cercana a los Tribunales, sumido entre montañas de ejemplares viejos del Boletín Judicial; es evidente que se gana la vida cobrando cuentas de Alcaldía, acusando a los que firman cheques sin fondos, y recibiendo los luego en pago de honorarios).

LICENCIADO:
(desde la puerta): Buenas tardes.

TOMAS:
¿Usted aquí, Licenciado?

LICENCIADO:
¿No recibió mi telegrama?

TOMAS:
(sorpresa): No. (A Gloria) ¿Has recibido algún telegrama? (Gloria niega). Perdón (los presenta): Mi esposa, el Licenciado...

GABRIEL:
(interrumpe): La señora y yo nos conocemos.

LICENCIADO:
Pero usted no conoce a don Tomás. Permítame presentarlo: el Profesor Gabriel Cuello, quien se brindó muy gentilmente a acompañarme.

TOMAS:
Muy honrado.

LICENCIADO:
(a Gabriel): De manera que no recibieron mi telegrama...

GABRIEL:
(a Tomás): De modo que no recibieron el telegrama del Licenciado...

TOMAS:
(a Gloria): ¿Verdad que no hemos recibido ningún telegrama?

GLORIA:
(a Tomás): No. Aquí no hemos recibido ningún telegrama.

TOMAS:
(a Gabriel): ¿Lo vé? No hemos recibido ningún telegrama.

GABRIEL:
(al Licenciado): Pues no han recibido ningún telegrama...

LICENCIADO:
Pues ayer en la mañana lo puse. Un telegrama de preferencia anunciándoles mi llegada.

GLORIA:
Pero hagan el favor; siéntense, que vienen empapados. Permítame (ayuda a Gabriel a despojarse de sus medios de protección).

GABRIEL:
Ha sido un viaje accidentado. Y con sus momentos de peligro, porque ese puente que está a la entrada de la finca, se lo va a llevar el río en cualquier momento.

LICENCIADO:
No había pensado molestarlos. Pero mi cliente, el señor Gamboa, está urgido de dinero, y necesita que usted firme la escritura y le haga el primer pago; y pensó que sería mejor que yo viniera hasta aquí a conversar con Nicéforo para arreglar de una vez por todas el asunto de los linderos, y que de una vez firmásemos la escritura, y...

TOMAS:
Y yo le entregue a usted el pago inicial...

LICENCIADO:
Así es. El profesor, que es un enamorado del campo (Gloria mira significativamente a Tomás) se ofreció a venir conmigo. Quería conocer esta región...

TOMAS:
¿Es usted profesor de agricultura, de industria animal?

GABRIEL:
De Sociología.

TOMAS:
Se nota.

LICENCIADO:
Ahora mismo, antes de venir aquí, pasamos a conversar con Nicéforo...

TOMAS:
(tímido): ¿Y con qué resultados?

LICENCIADO:
Yo creo que lo convencimos. El profesor colaboró. Yo traje todos estos planos y escrituras viejas (los saca), de los que se desprende con claridad meridiana, que el límite entre las dos propiedades va por mitad de la acequia, y no por la ribera de este lado, como pretende don Nicéforo. (Pasa los planos a Tomás, pero antes de que éste los tome, el Profesor se los arrebató).

GABRIEL:
Tan es así, que el Licenciado le prometió a don Nicéforo tenerle esta noche preparada una escritura que finiquite el asunto.

TOMAS:
¿De manera que usted cree que esto se arregla?

LICENCIADO:
Eso espero.

TOMAS:
(para sí mismo, casi imperceptible): ¡Qué lástima! (Pausa). ¿De manera que usted cree que hoy firmamos...

LICENCIADO:
Esa es la esperanza.

TOMAS:
Pero conste que yo no firmo mientras no firme Nicéforo.

(Entra Matías. Es el jardinero, mandador, hombre de confianza y mandados, veterinario, zootécnico, ordeñador, asistente, albañil, carpintero y mensajero de Tomás).

MATIAS:
Don Tomás...

TOMAS:
¿Qué pasa?

MATIAS:
Un telegrama. Hay que darle una peseta al muchacho que lo trajo.

TOMAS:
(Se busca en las bolsas. A Gabriel). ¿Usted no tiene por casualidad una peseta?

GABRIEL:
(contundente): No.

TOMAS:
(por fin encuentra la peseta. A Matías): Aquí está. (Se la da. Luego va a apuntar) Telegrama, veinticinco céntimos.

LICENCIADO:
(como quien descubre América): Debe ser el mío.

TOMAS:
En efecto. No hay como la rapidez de las comunicaciones modernas. (Lo lee) "Llegaré ésa firmar escritura mañana. Acompañarme Profesor Gabriel Cuello. Estimaré tener listo pago inicial señor Gamboa. Afectísimo, Firma ilegible".

MATIAS:
Don Tomás.

TOMAS:
¿Qué pasa?

MATIAS:
Ese puente se va a ir. Yo estuve ahora, y si no para de llover, no va a quedar ni el cuento. ¿Por qué no viene para que vea?

TOMAS:
¿Con semejante aguacero? (Recapacita). Bueno, más tarde iré. (Matías hace un gesto filosófico y se va. Al licenciado). Pero usted está estilando. Venga conmigo para darle un poco de ropa que se cambie. (Salen Tomás y el Licenciado).

GLORIA:
Pero Gabriel, ¿qué estás haciendo aquí?

GABRIEL:
Ya lo ves: acompaño al Licenciado, estudio una región, y vine a verte.

GLORIA:
¿A verme a mí? ¿No será más bien a que yo te vea convertido en un flamante Profesor?

GABRIEL:
El hecho de que yo sea ahora un Profesor, no es cosa flamante, y no te va a inducir a dar un paso atrás...

GLORIA:
¿Y cómo? Me he casado...

GABRIEL:
¿Estás enamorada de tu marido?

GLORIA:
Según...

GABRIEL:
Como antes de mí...

GLORIA:
De eso hace mucho tiempo.

GABRIEL:
Pues no tanto.

GLORIA:
Es cuestión de contar los años (Gabriel los cuenta con los dedos).

GABRIEL:
Hay tiempo temporal y tiempo espacial. El tiempo tempo-

GLORIA:
No. Permíteme que siga.
Yo no quiero oler boñiga;
yo quiero jugar canasta.

GABRIEL:
Está bien. Si quieres, véte.

GLORIA:
Quiero hacer vida segura;
vida de té de costura,
de cerveza, y tand'e siete.
(Pausa)

GABRIEL:
¡Yo creí que me querías!

GLORIA:
Porque yo era un badulaque.
He de morir...

GABRIEL:
¿Morirías?

GLORIA:
... porque un sátiro me ataque;
no como murió Matías.

GABRIEL:
Tu eterno amor, eso soy,
Gloria mía, te lo juro.

GLORIA:
Pues quizás te suene duro,
mas te juro que me voy.
(Entra el Licenciado)

LICENCIADO:
Ya el testamento está listo. Se necesitan tres testigos, de manera que he puesto a don Tomás y a la señora, y dejaremos una nota a Nicéforo, para que cuando hayamos muerto, coloque su firma como tercer testigo.

GABRIEL:
Muy hermoso me parece. (Irritado) Pero no sé si usted se ha enterado de que don Tomás y la señora han decidido burlar el bloqueo y huir de aquí.

LICENCIADO:
¡No me diga! ¿Es cierto?

GLORIA:
Comó la Biblia. (Regresa Tomás completamente rasurado)

LICENCIADO:
¿De manera que nos dejan?

TOMAS:
(heroico): Nos vamos. ¿No nos acompañan?

GABRIEL:
Yo me quedaré aquí a perecer de hambre. Tal vez la señora pueda explicarle a usted las causas de mi desesperada determinación. (La mira con reproche. Gloria guarda silencio).

LICENCIADO:
Yo, francamente, no me atrevo...

TOMAS:
(envalentonado): ¡No sea flojo...! Anímese...

LICENCIADO:
Vayan ustedes. Si tienen suerte, quizás yo también me decida... Y el Profesor, estoy seguro de que también. (Toda la escena con mucha solemnidad).

GLORIA:
¿Vamos, Tomás?

TOMAS:
¡Adiós, pues, amigos! (Se dirige hacia el Licenciado y le estrecha la mano).

GABRIEL:
¡Adiós, hombre heroico y osado! (Tomás se crece)

GLORIA:
(al Licenciado, impresionadísima): Hasta nunca...

LICENCIADO:
¡Adiós, señora; es usted una heroína! (Gloria se despidió en silencio de Gabriel. Este le besa la mano)

GABRIEL:
Algún día volveremos a encontrarnos... en alguna parte... (Mientras Gabriel se despidió de Gloria, el Licenciado retiene a Tomás estrechándole la mano larga y reiteradamente. Cuando por fin Gabriel termina de despedirse de Gloria, el Licenciado suelta a Tomás; éste y Gloria salen cautelosamente. Se produce otra vez el silencio ominoso que precedió a la muerte de Matías; un silencio impresio-

nante y quieto. Se oye un disparo. El Licenciado vuelve a asomarse a la ventana).

LICENCIADO:
Ahí van... ¡cómo corren! (Gabriel está resignadamente tirado en un sofá) Se acercan al río.... (Otro disparo, luego otro más) Han logrado cruzar el río... toman la curva del camino. (Otro disparo) ¡Lograron pasar!

GABRIEL:
(Triste): ¡No volverán nunca!

LICENCIADO:
(Despreocupado): ¡No volverán jamás!

GABRIEL:
Reanudarán su vieja y prosaica vida en la ciudad, su vida monótona, llena de ruidos... ¡Ah, qué descansada vida...!

LICENCIADO:
(enigmático): Todo está consumado... (Pausa) Y el pobre Gamboa no va a encontrar otro cliente para su finca...

GABRIEL:
¡Así es la vida!

LICENCIADO:
Y tendrá que vendérsela a usted por el precio que usted quería. (Ambos ríen pero no mucho).

GABRIEL:
Sin embargo, no todo me salió bien. Me hice de la finca pero no de la mujer.

LICENCIADO:
Era mucho pedir. Yo más bien lo que temí fue que nunca cogieran ánimo para irse. Sobre todo Tomás, parecía esta mañana resignadísimo a morir con barba.

GABRIEL:
Francamente aguantaron mucho.

LICENCIADO:
¿Que si aguantaron? A mí se me ha hecho eterno. Mire usted que estar ocho días teniendo que comer debajo de una cama...

GABRIEL:
Y a punta de atún. Bastante le dije que comprara variedad de latas. Pero usted tenía que comprar sólo atún...

LICENCIADO:
Ya Matías debería estar aquí con Nicéforo. ¿Usted tiene lista la plata?

GABRIEL:
¿La de Nicéforo?

LICENCIADO:
¿Cuál va a ser?

GABRIEL:
(se busca en los bolsillos. Saca un rollo de billetes): Sí. Aquí está. (Entra Matías).

MATIAS:
Licenciado...

LICENCIADO:
¿Los viste irse?

MATIAS:
Iban en carrera abierta. Lo que es éstos no paran hasta llegar a la villa...

GABRIEL:
¿Y Nicéforo?

MATIAS:
Eso iba a decirles. Dice que ustedes le habían ofrecido quinientos pesos...

LICENCIADO:
Sí, aquí los tiene el Profesor. Hay que decirle que venga por ellos.

MATIAS:
Es que (duda)... Dice que quinientos es muy poquillo. Que él necesita diez mil para hacer unos pagos. Y dice que si no se los dan, no deja a nadie salir de aquí. Está detrás del matorral con el cuete, y dice que al que se asome lo tira...

LICENCIADO:
Pero...

GABRIEL:
(simultáneamente): ¿Qué?

MATIAS:
Además anda con tragos. Y ya usted sabe que ese viejo tiene muy mal guaro...